

La gran evasión

Antonio Gómez Rufo

Estaba harto de volver cada noche a casa antes de la cena para ver un rato la televisión junto a su mujer mientras engullía, maldita la gana, piltrafas de embutido y una tortilla a la francesa, y leer cuatro líneas antes de dormir, en el supuesto de poder hacerlo tranquilamente porque, de cuando en cuando, además, tenía que hacer que hacía el amor, o para expresarlo con mayor precisión, tenía que intentar fingir que hacía el amor porque, en realidad, ni aquello era amor ni hacía nada que se le pudiera parecer.

Hasta que una noche se cansó de repetir idéntica ceremonia en un día idéntico a los demás. Se le cruzaron los cables, eso debió de ser, y se le pasó por la cabeza la idea de mandarlo todo a paseo, un todo compuesto de mujer, tortilla y ayuntamiento. A las nueve y media, de regreso a la rutina tras una jornada laboral idéntica, frenó ante un semáforo en rojo y tomó la gran decisión: giró el volante a la izquierda y pisó el acelerador en vez de continuar calle arriba, como todos los días. Dos minutos después ya estaba arrepentido (soy un idiota, pensó) y paró ante una cabina telefónica. Tenía miedo a su mujer; e incluso a la voz de su mujer porque sabía modularla a la perfección para, sin necesidad de decir nada, transmitir sensaciones amenazadoras, irónicas o disgustadas; pero él tenía que mostrarse incólume para afirmarse en algo de lo que hacía años estaba seguro: estaba harto y, por una vez, iba a ser libre. Carraspeó cuando ella descolgó el auricular y balbució:

- Sí, iré un poco más tarde... Un negocio... Ya te contaré...

- ...

- Sí, sí, tal vez una oportunidad...

- ...

- No, ahora no tengo tiempo. Bueno, lo que no tengo son monedas... Tú, duérmete...

A Luciano no se le ocurrió nada mejor que acodarse en la barra de un local híbrido de bar y club, canijo de luces rojas tan insuficientes como la clientela del lugar. Detrás de la barra trajinaba un camarero homosexual y discreto, de buenas maneras y trato cortés, desplazándose incansable de un extremo a otro de un mostrador escoltado por una pared de espejos repleta de botellas. Es probable que aún no hubiese cumplido los cuarenta años, pero su calva lustrosa y exagerada, unida a un rasurado impecable y a unos ojos vivarachos, luminosos y gratos, de abundantes pestañas negras y largas, le confería un aspecto sobrio de madurez. Le sirvió con esmero una ginebra con agua tónica y Luciano se mojó los labios, buscó algo con la mirada en lo que fijar sus cegados ojos -al fin lo hizo en el espejo que le reflejaba- y así, mirándose a sí mismo, se desplomó en la barra con la ingenua intención de hacer un repaso a su vida, como si con las vidas pudiese hacerse algo más que sufrirlas y perdonarlas en la resignación.

Pero lo que descubrió fue que era un cobarde y que, aun en su ausencia, su mujer le impedía disfrutar de un rato de soledad. Pensó en las preguntas que le haría al día siguiente, el interrogatorio que a ella le parecería normal pero que a él lo sacaría de quicio, y se puso más y más nervioso. Además, era posible que lo esperase despierta: con tal de enterarse a qué hora regresaba, qué había hecho por ahí y por qué se había atrevido a salir sin ella cuando nunca lo había hecho, era capaz de aguantar lo que fuese preciso, aunque se cayese de sueño. Era su manera de tener las riendas, de controlarlo todo, de demostrar quién mandaba.

Un cobarde. Era un cobarde sin remedio: para estar pensando en las malas caras que le esperaban a su regreso, no merecía la pena seguir en la calle. Algún día tendría que decirle que la odiaba, pero para eso hacía falta demasiado valor y él, desde luego, no lo tenía. Hay mujeres que son como máscaras de oxígeno en la angustia y otras que son como las profundidades del mar, hermosas pero asfixiantes: la suya ni siquiera tenía corales.

Para qué fingir lo que no era. Luciano nunca había sido capaz de enfrentarse a nadie y ahora tampoco iba a hacerlo. Ella le daba estabilidad, y compañía, y a cambio se cobraba en candados. Así es que no merecía la pena ni levantar la voz: después de tantos años juntos, oyéndole decir que él ganaba todas las batallas cuando la verdad era que la única victoria importante, la del poder, había sido de ella, le impedía continuar la lucha. Lo mejor era regresar a casa, decir que se había cancelado la reunión y, con los ojos desnudos, volver a la tortilla y al sillón frente al televisor.

El camarero y él estaban solos en el Tim's, dos solitarios que no tenían nada que decirse, pero aun así le preguntó:

- ¿A que usted no está casado?
- ¡Uy! -el camarero pareció escandalizarse-. ¡Ni hablar!
- Pues no sabe lo que se pierde...

Se volvió a mirar en el espejo del botellero y se dio una gran pena, pero mayor fue aún el miedo que le inspiraba el recuerdo de la mirada de su mujer. Decidió pagar y salir de allí. Entonces fue cuando una mujer que había permanecido oculta por las sombras en un rincón apartado salió de su escondrijo y fue a sentarse junto a él, en la barra. Parecía una mujer cansada, acostumbrada a permanecer día tras día oculta tras la penumbra de cualquier rincón de cualquier fondo, pero aburrida, demasiado harta de vivir. En eso se le parecía.

- Dame una copa de anís, Juanma.

Luciano la miró a través del espejo del botellero y contempló una mujer de cuarenta años disfrazados de sesenta, pintada como un carnaval y con una gran mata de pelo negro desgreñado y revuelto que, tan cansado como ella, descansaba sobre sus hombros desnudos, quizá demasiado prominentes y ahuesados para el aspecto de la mujer.

- Me debes tres -dijo el camarero.

- ¿Me permite? -preguntó Luciano mirándolo, mientras sacaba unos billetes del bolsillo del pantalón.

- Yo sí -silabeó el camarero-. Y ella más encantada aún.

Luciano dejó que tomara dos billetes de los varios que exhibía en su mano y, sin mirarla siquiera un instante, volvió a acodarse en la barra y continuó en la contemplación de sí mismo. Pero ahora ya no pensaba en nada, sólo en ella, y sobre todo en lo que haría si ella le dirigía la palabra. Ella dijo:

- Gracias.

Y bebió lentamente, sorbo a sorbo, la copa de anís hasta que la rebañó por completo. Luciano pensó que tal vez lo mejor sería mantener que la reunión no se había cancelado, y que volver tarde le serviría de lección a su mujer. A ver si de una vez se enteraba de lo hombre que era.

- Es hora de ir a cenar algo -dijo él, sin mirar a nadie, pero dirigiéndose a ella.

- Comer es cosa de cerdos -replicó la mujer, volviendo la cabeza para mirarlo-. Sólo come quien no tiene nada mejor que hacer.

- Como qué -Luciano la miró por primera vez a la cara.

- Beber.

- Claro.

El camarero les miró de reojo mientras continuaba secando copas con un paño blanco. Ellos seguían sin decirse nada, ni tan siquiera mirarse. Sólo se oía la música de ambiente a medio tono y el tintineo esporádico de los vasos secos que Juanma apilaba formando hileras tras el mostrador. Pasados unos minutos, Luciano levantó la voz:

- ¡Pues yo quiero comer, coño!

El exabrupto fue captado a su manera por la mujer.

- Gracias. Le acepto esa copa. Juanma, ya has oído al señor: ponme otro anís.

Luciano estaba tan acostumbrado a ceder que esta vez tampoco le importó. Pidió otra ginebra con tónica y se la bebió de un sorbo pero, aunque esperó a que ella acabase su copa, luego espetó con voz autoritaria:

- ¡Vamos a comer algo! Si no quieres, no comes. Me ves cenar mientras te empapas una botella del mono.

- De acuerdo, de acuerdo -aceptó ella-. Al lado hay un chino.

- Enfrente dan caldo gallego -informó el camarero.

- Entonces no hay color -concluyó Luciano.

Tardaron una hora en volver a derrumbarse en la barra del bar. A esa hora había una pareja en el fondo del local, tras una mesa enana, y un hombre timándose con Juanma, que parecía sobrereactuar su rubor. Luciano y la mujer llamaron su atención y le pidieron lo mismo de antes. En realidad fue ella quien lo hizo, porque Luciano seguía sumido en un hermetismo que ella no distinguía si era timidez, arrepentimiento o displicencia. Él miró el reloj y pensó en su mujer, despierta, esperándolo, decidida a regañarlo como si fuese un niño que se había portado mal, y la insultó mentalmente porque le estaba amargando la noche. Ella no se imaginaba por dónde volaban los pensamientos de él y esperaba convencida de que tarde o temprano diría algo. Pero pasó media hora y él sólo movía los labios, refunfuñando un odio insuperable, y ella se cansó de mirar esa cara malhumorada. Un cuarto año le soltó la lengua.

- Está claro que vamos a terminar la noche juntos. ¿Por qué no me propones ir a la cama?

Él la miró sin gesticular y volvió a echar su mirada al vaso.

- Porque no me gustas -dijo.

- Tú a mí tampoco, pero con apagar la luz asunto concluido.

Ahora Luciano la miró frunciendo el ceño, sin entender.

- Entonces... ¿Para qué...?

- Por cambiar de sitio -se limitó a contestar, en un susurro.

- Si es así... -Luciano se encogió de hombros.

Volvieron a guardar silencio. Juanma seguía cuchicheando con su amigo y la pareja del fondo se besaba apasionadamente, él ayudándose de su mano para vencer el escote, ella esforzándose para demediar la bragueta. Al entrar, el local parecía una caverna, escasa de luces rojas y disimuladas; ahora, que la retina se había habituado a su intensidad, él podía observarlo todo con detalle. Echó un vistazo por el local y volvió a su copa.

- ¿Hay algún reservado?

- Yo vivo dos calles más arriba.

- Vamos.

Luciano entró en la casa figoneándolo todo para disimular los silencios, y ella le suplicó que no hiciese demasiado ruido porque una niña estaba durmiendo y tenía que madrugar para ir al colegio. Luego, sin más preámbulos, le pidió las cinco mil pesetas del servicio.

- No sabes lo que traga esta niña -pareció disculparse-. Más que tragar, devora. Y no sabes cómo está la vida. Sin ir más lejos, hoy en la tienda...

Sobre la cabeza de Luciano se condensaron los nubarrones de la monotonía. Escuchó idéntico discurso al que oía cada noche en su casa de labios de su mujer, con la misma voz y ante la misma imagen, y allí, en casa distinta, en otra casa igual, se sentó frente al televisor a ver las últimas noticias y, al borde de la angustia, se sumió en un sofoco insufrible al pensar que después tendría que ir a la cama, y que tampoco podría leer sino fingir que hacía el amor con una mujer que le gustaba tan poco como la suya, y además pagando por algo que no quería hacer, ni tan siquiera era necesario, y todo después de escuchar una perorata que...

No recuerda cómo ocurrió, pero sólo empezó a percibir con nitidez el frescor de la noche mientras corría calle abajo, dos manzanas más allá del portal de aquella mujer. Cuando recobró la conciencia de quién era y en dónde estaba, no le quedaron fuerzas para seguir con la fuga. Se sentó en el coche, arrancó el motor y condujo despacio, con la ventanilla abierta, sintiendo el frío golpear su rostro, camino de casa. A lo lejos, una sirena ululó en la noche. En la radio, un locutor sin rostro anunciaba otro tema musical. Luciano no lo escuchó porque por su cerebro se mezclaban los cables de la paciencia, la rutina y la resignación con una sonrisa apenas dibujada en sus labios mientras fantaseaba con encontrar a su mujer muerta al llegar a casa.

Nadie reparó en la breve noticia aparecida en la prensa al día siguiente y que daba cuenta de que una prostituta había sido asesinada en un piso alquilado del centro de la ciudad. ...